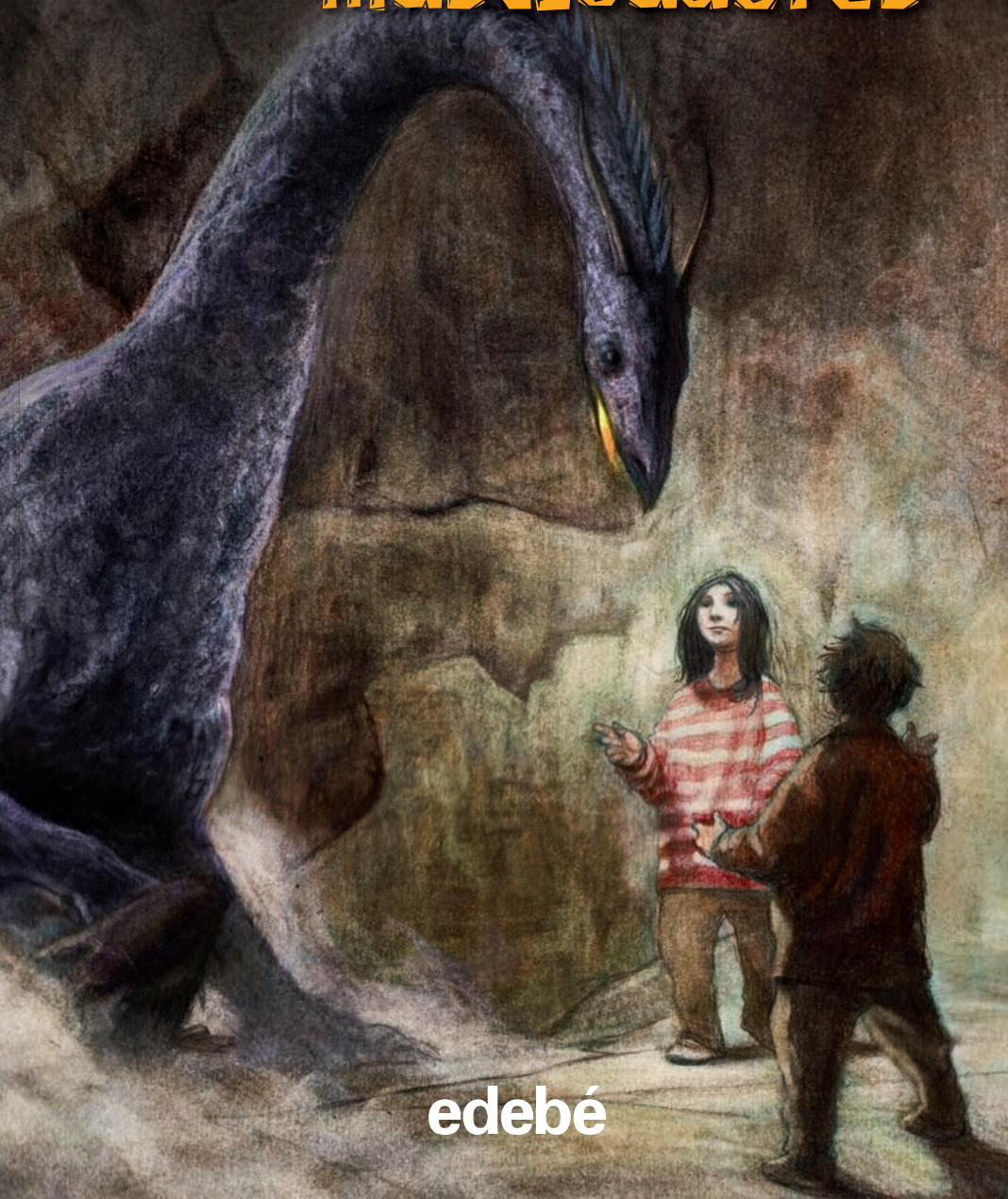


Eduardo Martínez-Abarca

Andrea y los masticadores



edebé

Andrea y los masticadores

Eduardo Martínez-Abarca

Andrea y los masticadores

edebé

© Eduardo Martínez-Abarca Martínez, 2010

© EDEBÉ, 2010
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Dirección: Reina Duarte
Edición: Elena Valencia
Diseño de cubierta: Francesc Sala
Ilustración: Jordi Solano

Primera edición, octubre 2010

ISBN 978-84-236-9628-4
Depósito Legal: B. 00000-2010
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Maite, que es mi chica.
Porque la quiero y porque me enseña mucho.*

Agradecimientos y reparto de responsabilidades

Edu y David, mis hijos. Unos tipos pequeñitos que me metieron prisa para que escribiera este libro y me dejaron terminarlo.

Cristina y Eduardo, mis padres. Unos padres que lo han dado todo por sus hijos.

Juan Nicolau, José María Velázquez y Ángel Ramírez. Unos maestros que tuvieron la extraña idea de que merecía la pena emplear el tiempo en enseñarme.

Fernando Almena. Un fantástico escritor que me mostró el camino correcto.

Teresa. Una suegra que me dio de comer aquel verano para que yo pudiera escribir.

Cy Enfield y Stanley Baker. Unos cineastas que me cantaron *Hombres de Harlech*.

Mónica Martínez-Abarca, Carlos Martínez-Abarca, Lourdes Orozco y Fernando de Francisco. Unos amigos, parientes y gente buena que leyeron el original y opinaron sobre él.

La estupenda gente de EDEBÉ, por razones obvias.

Antes que nada...

...**D**eberíamos echar una mirada a lo que ocurría en una mina de carbón galesa a finales del siglo diecinueve.

Peters el Grande y Peters el Pequeño llevaban varios días enfadados. No habían llegado a las manos, claro, pero ambos amenazaban con no volver a sentarse juntos a beber una cerveza nunca más. Además de tener el mismo nombre, algo nada raro en Gales, los dos eran mineros y los dos cantaban en el mismo coro. Eso tampoco era nada raro.

Al parecer, los dos opinaban que el otro se equivocaba en una parte especialmente importante de la canción *Hombres de Harlech*. Esto era algo casi sacrilego y la relación se había deteriorado tanto que las respectivas familias evitaban cruzarse por la calle.

Ese día, Peters el Grande y Peters el Pequeño no pudieron evitarse, puesto que se encontraron frente a frente en una galería de la mina donde ambos trabajaban. Se miraron en silencio, sudorosos, sucios de polvo de carbón como estatuas de antraci-

ta. Sus miradas eran terribles, fuego en los negros rostros. Un aviso de explosión de grisú no daría más miedo. Otros mineros observaban en silencio conteniendo la respiración.

Finalmente un viejo minero se atrevió a hablar. Aquello era una vergüenza. ¿Qué pensarían sus hijos? La situación se tenía que resolver aquí y ahora. Los dos cantarían juntos... Sin *peros* que valgan. Los dos cantarían juntos ahora. Y por Dios que deberían hacerlo bien.

Peters el Grande y Peters el Pequeño cantaron *Hombres de Harlech* juntos, suavemente, allí, en la oscuridad de la mina. Y por Dios que lo hicieron muy bien. La canción se alejaba por la galería resonando con el suave eco de las paredes rocosas.

Y repentinamente la canción cesó. No, no había terminado. Los dos se habían quedado mirando a un punto de la pared con la boca abierta. Y allí, en una grieta, un ser escamoso con una gran boca los miraba con unos ojos negros como cerezas maduras. Debería de pesar al menos cincuenta kilos. Tenía unas cortas patas rematadas en unas uñas gruesas y afiladas. Arañaba la roca con siniestros crujidos haciendo saltar esquirlas. Permanecía allí, quieto, arañando la piedra mientras las luces de los mineros arrancaban destellos verde azulados de sus grandes escamas. Alguien se atrevió a sugerir que sería capaz de comerse un brazo de un solo bocado y que parecía haber venido atraído por la canción y que a lo mejor era buena idea seguir cantando. Todos los presentes entonaron a coro *Hombres de Harlech*. Nunca se había oído una versión tan larga de la canción. Finalmente, agotados, con la gargan-

ta seca, fueron dejando de cantar. Uno de los Peters fue el último en dejar de cantar con la voz rota.

El extraño animal los miró sin mover un músculo, entreabrió lentamente la gran boca mostrando una tremenda fila de dientes y... eructó.

Así fue el primer encuentro entre los hombres y los masticadores.

Nadie negó a Peters el Grande y Peters el Pequeño que el mérito había sido de ellos. Desde luego las peleas siguieron entre ambos durante mucho tiempo. Bien por quién fue el primero en ver al masticador o quién sugirió seguir cantando o quién fue el último que se quedó sin voz. Afortunadamente siguieron compartiendo cervezas, aunque no dejaron de discutir ni en el día en que se casaron la hija de Peters el Grande con el hijo de Peters el Pequeño.

Los masticadores resultaron ser unos animales pacíficos y amantes de la música. Siempre sintieron predilección por las baladas galesas, aunque les gustaban muchas músicas distintas. Eructaban con satisfacción con los *blues* y la música clásica. Los irlandeses, picados en su orgullo, ofrecieron a los animales su propio folclore y los bichos volvieron a eructar como aplauso. Se descubrió que eran capaces de masticar piedra; de hecho se alimentaban de ella. Piedra y hormigón y cascotes y ladrillos... «Imposible», dijeron los científicos. Pero los masticadores siguieron masticando. Y lo que eructaban era gas. Y el gas era propano y butano. «Imposible», seguían diciendo los científicos. A los masticadores no les importó esta opinión y siguieron eructando.

Había un problema, claro. Todo tiene pegas. No se sabía por qué, pero los masticadores odiaban la electricidad. Así que se produjo un gran debate mundial: electricidad o masticadores. Los animales eran estupendos para dar combustible pero... ¿y la bombilla eléctrica? Era un nuevo invento mucho mejor que el gas.

Y lo imposible fue posible y ocurrió. Nadie se hubiera atrevido a ponerlo en una novela por disparatado. Justo cuando la electricidad estaba a punto de vencer, a alguien se le ocurrió hacer un concierto de campanas a la luz de las velas en las cuevas del Drach en Mallorca. El concierto era bastante rrollo y el público bostezaba insistentemente. De repente algo captó la atención de un niño que se entretenía mirando el techo de la cueva. En voz alta y clara dijo:

—Mira, mamá, una «boluminosa».

Probablemente quiso decir una «bola luminosa», pero eso fue lo que dijo. Todo el mundo levantó la vista y no vio una bola, sino muchas. Eran esferas irregulares de nácar traslúcido. Como caracolas ornamentadas con luz interior. Como luciérnagas gigantes dentro de ondulado cristal. El concierto acabó con «Aaahs» y «Ooohs» de admiración, aunque nadie se acordó del músico y sus campanillas.

Los seres humanos se habían encontrado con las boluminosas. Con «B».

Se encendían y apagaban al toque de una campanilla y dos o tres eran capaces de iluminar una habitación grande. Y lo que resultó definitivo fue su alimentación. Comían pelusas, polvo, migas y desperdicios. Es decir, limpiaban las casas.

Fue un clamor. Masticadores y boluminosas juntos eran imbatibles. Se cuenta que Thomas Alba Edison soltó un rugido y, dando un portazo, se encerró en su casa durante un mes. Después creó tres empresas de suministro de boluminosas.

Miles de masticadores, no, millones aparecieron en minas y cuevas atraídos por las canciones de los hombres. Se descubrió que a algunos, los mejores, les gustaba viajar, así que los subieron en trenes. A partir de ese momento se usó el gas que eructaban en lugar de carbón. Las minas de carbón se cerraron y los mineros galeses se reconvirtieron en maquinistas de tren.

Los «bichos» más pequeños resultaron ser muy hogareños y fueron a las casas para calentarlas y servir en las cocinas.

Los más grandes se conformaban con estar en las fábricas y factorías, donde coros de trabajadores los animaban a masticar.

¿Y no era esto una forma de esclavitud?

Los masticadores no opinaban así. En realidad parecían muy satisfechos de su colaboración con los humanos. Su nueva vida debía de resultar más entretenida que la anterior, horadando galerías en la roca para alimentarse.

Millones de boluminosas fueron recogidas de las cuevas atraídas por aburridos conciertos de campanillas. Al revés que los masticadores, se reproducían con facilidad en las casas. De los masticadores nunca se supo demasiado. Les gustaba vivir con los seres humanos, el vínculo de la música parecía suficiente para ellos. Muchas veces parecían entender todo lo que ocurría y algunas parecían to-

talmente ajenos. No enfermaban fácilmente y cuando se hacían muy grandes desaparecían dejando tras de sí un agujero en el suelo.

Y el mundo cambió. Cuando parecía que la electricidad se impondría, aparecieron los «bichos» y vencieron. La humanidad había tenido que elegir y eligió a los masticadores y las boluminosas. Significaba no tener teléfono, cine, televisión ni vehículos rápidos, pero ésa fue la decisión. Tener un mundo con menos contaminación, más lento y con mucha música.

Quizá sea difícil de entender, pero así fue.